

La comunión con el Misterio de Cristo, finalidad de la evangelización y fuente de su renovación

Juan Carlos Carvajal Blanco¹

Resumen

La Iglesia está convocada a una nueva etapa evangelizadora cuya novedad no consiste en el mero desarrollo de unas nuevas estrategias o métodos. De la mano de la teología paulina, el artículo invita a poner el foco de atención en el Misterio de Cristo y manifiesta de qué modo este enfoque basal se convierte en fuente de renovación de la actividad evangelizadora de la Iglesia. Además, indica cómo las comunidades están llamadas a desarrollar una pastoral con perspectiva kerigmática y mistagógica que lleve del encuentro con Cristo a la comunión con su Misterio.

Palabras clave

Evangelización, Misterio de Cristo, catequesis kerigmática, catequesis mistagógica.

1 Universidad Eclesiástica San Dámaso. Facultad de Teología. Madrid. ID ORCID 0000-0002-4233-5429. jmcarvajal@sandamaso.es

1. Una mirada a la dinámica pastoral de nuestras comunidades

1.1. Asistimos a un cierto agotamiento pastoral y catequético

Existe la percepción de que, actualmente, la actividad evangelizadora tiene un carácter muy complejo y que, en cierto modo, exige una cierta “profesionalización” (trabajadores de Cáritas, catequistas, liturgistas, movimientos especializados...); lo cual, genera la opinión –aunque no sea confesada– de que no está al alcance de todos, ni siquiera de los ministros ordenados.

Esto, sin duda, responde a una sociedad cada vez más compleja, sometida a un proceso radical de transición: post-industrial, post-moderna, post-cristiana, post-secular...; o, en palabras del papa Francisco, propio de un “cambio de época” en donde lo viejo no ha desaparecido y lo nuevo todavía no se ha alumbrado. Y, por otro lado, a que la propia Iglesia ha avanzado en la comprensión no solo de su Misterio, sino también de la complejidad de las diversas funciones ministeriales que le son propias –ministerio de la Palabra, litúrgico y de la caridad– y por las que desarrolla su misión.

A pesar de las apariencias –pues nuestras comunidades parecen entregadas al activismo–, esta percepción y sentimiento ha llevado a una cierta dimisión pastoral; lo cual se manifiestan en diversos fenómenos:

- El más habitual es el que -de espaldas a cualquier desafío- se sigan manteniendo las mismas acciones pastorales bajo el impulso de su propia inercia. Muchas catequesis, grupos de fe y vida, celebraciones litúrgicas..., se mantienen refractarias a cualquier renovación y se guían bajo la máxima del “siempre se ha hecho así” que denuncia el papa Francisco².
- Pero también se da un fenómeno contrario. Un afán de renovación que asume cualquier novedad por el hecho de que se presenta como tal. Se cambia de lenguajes, de métodos, de acentos pastorales..., sin hacer mayor discernimiento, solo por el hecho de ser nuevos. En el fondo, parece que se busca que todo cambie para que todo siga igual. Es, lo que podríamos llamar, el “gatopardismo” pastoral. Se cambian las actividades, las diná-

2 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24-XI-2013) (=EG), AAS 105 (2013) 1019-1137, n. 33.

micas..., pero no se profundiza ni en las razones de los cambios ni en la base teológica que estos deben tener.

- A esto se añade el que, en los últimos años, cunde por todas partes una opción, llamémosla, “idolátrica” por los métodos, la cual tiene un porte simplificador con tintes mágicos y parece presentarse como remedio de todos los males.

Es evidente que, de esta dinámica, no se libra la catequesis, más bien se agrava. ¿Cuántas comunidades -incluso cuántos sacerdotes- parecen haber dimitido de la responsabilidad de iniciar a los nuevos cristianos en la fe? ¿Cuántos catequistas se mantienen en un permanente lamento y en unas rutinas que saben que no dan frutos? Sinceramente, qué poco se espera de la catequesis de iniciación. Es el “pesimismo estéril”, del que habla el papa Francisco (cf. EG 84).

En realidad, se olvida que “la catequesis es uno de esos momentos -¡y cuán señalado!- en el proceso total de evangelización”³. Y que ella, como afirma el Directorio de 1997⁴, es:

“El eslabón necesario entre la acción misionera, que llama a la fe, y la acción pastoral, que alimenta constantemente a la comunidad cristiana. No es, por tanto, una acción facultativa, sino una acción básica y fundamental en la construcción tanto de la personalidad del discípulo como de la comunidad. Sin ella la acción misionera no tendría continuidad y sería infecunda. Sin ella la acción pastoral no tendría raíces y sería superficial y confusa” (DGC 64).

1.2. La necesidad de encontrar un punto focal

En mi opinión, surge la necesidad de encontrar “un punto focal” para toda la misión evangelizadora y, particularmente, para la catequesis. Un punto focal capaz de orientar y dinamizar la vida y la actividad eclesial, y que, por tanto, deba ser considerado como la base y el fundamento del proceso de iniciación cristiana. Este punto focal debería tener las siguientes características:

3 Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Catechesi tradendae* (16-X-1979) (=CT), AAS 71 (1979) 1277-1340, aquí n. 18.

4 Congregación para el Clero, *Directorio general para la catequesis*, Librería Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1997 (=DGC).

- *Debe tener un carácter teologal*, es decir que reconozca y sirva la primacía de Dios en la actividad evangelizadora de la Iglesia, tal como ha sido puesto en evidencia por el Concilio (cf. AG 2, LG 2.17). En este sentido es urgente y necesario superar un cierto “ateísmo eclesial”, bien intencionado, por el que se actúa bajo la máxima implícita de “todo para Dios, pero sin Dios”⁵.
- Debe *facilitar la comprensión del sentido último* que tiene toda actividad eclesial: la evangelización (cf. EN⁶ 14); y proporcionar la eficacia que, en el orden de la gracia, ha de buscar tanto la pastoral de las comunidades como la actividad de cada bautizado...
- Y, por último, ha de *ayudar a organizar y simplificar toda dinámica evangelizadora*; es decir, debe facilitar la jerarquización de sus acciones, favorecer la comprensión del lugar que ocupa cada una de ella y atender a su necesaria complementariedad.

2. El misterio de Jesucristo, punto focal de la misión evangelizadora

Una cita de san Juan Pablo II, extraída de la exhortación *Catechesi tradendae*, nos ponen sobre la pista. Es verdad, su orientación se refiere a la catequesis, una catequesis que ha de ser contemplada en el marco de la iniciación cristiana. No obstante, bien sabemos que si el catecumenado bautismal –y en su caso la catequesis de iniciación– pone las bases para que un cristiano pueda vivir y dar testimonio de su fe, lo que se señala como finalidad de la catequesis, bien constituye el fundamento de la vida cristiano-eclesial y el principio de su desarrollo.

“El objeto esencial y primordial de la catequesis es, empleando una expresión muy familiar a San Pablo y a la teología contemporánea, “el Misterio de Cristo”. Catequizar es, en cierto modo, llevar a uno a escrutar ese Misterio en toda su dimensión [...] Se trata, por lo tanto de descubrir en la Persona de Cristo el designio eterno de Dios que se realiza en Él. Se trata de procurar comprender el significado de los gestos y de las palabras de Cristo, los signos realizados por Él mismo, pues ellos encierran y manifiestan a la vez su Misterio. En este sentido, el fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto sino en comunión, en intimidad con

5 Cf. S. del Cura Elena, “A tiempo y a destiempo. Elogio del Dios (in)tempestivo”, *Burgense* 43:2 (2002) 323-378, 348-354.

6 Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8-XII-1975) (=EN), AAS 68 (1976) 5-76.

Jesucristo: sólo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad” (CT 5).

Juan Pablo II, invita a poner el foco de atención en el “Misterio de Cristo”⁷, pero no como mero objeto de comprensión emotivo o intelectual –de tipo gnóstico- o de referencia moral –de tipo pelagiano-, tal como nos advierte el papa Francisco (cf. EG 94; GE⁸ 36-62), lo cual supondría una reducción considerable de dicho Misterio. Sino más bien, contemplado en su tenor teológico-existencial, es decir para “escrutar ese Misterio en toda su dimensión” y para “descubrir en la Persona de Cristo el designio eterno de Dios que se realiza en Él”.

La finalidad de la catequesis iniciática y de la evangelización en general, expuesta en términos teológicos y existenciales, es poner a los creyentes “no sólo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo”. La razón es muy sencilla, es a través de esa comunión teologal –vivida como intimidad existencial– que el cristiano puede acceder al Misterio trinitario hasta participar de la vida de la Santa Trinidad. Y *el método* para lograr esta finalidad que da acceso al Misterio de nuestra salvación pasa por poner en contacto con sus gestos y palabras de Jesucristo, comprendidos como signos –llamémosles de índole sacramental– que no solo manifiestan su Misterio, sino que nos dan a participar de él.

No obstante, para abundar en lo que decimos, mostrar su actualidad y manifestar la repercusión que tiene en una renovación pastoral, traemos aquí una cita del papa Francisco. Extraída de su exhortación programática *Evangelii gaudium*⁹, el Papa subraya que Cristo mismo es la novedad y la fuente de toda renovación:

7 Por lo demás, algunos documentos conciliares, desde diversas perspectivas, dan testimonio del Misterio cristiano. Sin ánimo de ser exhaustivo: *Constitución dogmática sobre la Iglesia, Lumen Gentium*, 2-8; *Constitución dogmática sobre la divina revelación, Dei Verbum*, 2-6; *Constitución sobre la Sagrada Liturgia, Sacrosanctum Concilium*, 5-10; *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, Ad gentes*, 2-9. De un modo especial, es expuesto en Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptoris misio* (7-XII-1990), AAS 87 (1991) 249-340.

8 Francisco, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* (19-III-2018) (=GE), AAS 110 (2018) 1111-1161.

9 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24-XI-2013): AAS105 (2013) 1019-1137.

“Como afirmaba san Ireneo: ‘[Cristo], en su venida, ha traído consigo toda novedad’. Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad y, aunque atraviere épocas oscuras y debilidades eclesiales, la propuesta cristiana nunca envejece. Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre ‘nueva’” (EG 11).

Con estas afirmaciones, el Papa quiere superar viejas –o actuales– discusiones que giran en torno a la llamada “nueva evangelización”. Y esto no porque considere que la Iglesia no deba renovar su presencia y misión en el mundo. De hecho, Francisco, al inicio de su pontificado, ha declarado que la Iglesia está llamada a acometer “una nueva etapa evangelizadora” (cf. EG 1.17). Sino porque quiere apuntar que la novedad y la condición *sine qua non* para cualquier renovación radica “en volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio”, ya que Jesucristo –el Evangelio de Dios (cf. Mc 1,1; Rm 15,16; 2 Co 11,7...)– es el que “en su venida, ha traído consigo toda novedad”.

Observamos, por tanto, que, aunque sea en otros términos, el actual sucesor de Pedro apunta al Misterio de Cristo como la fuente de una evangelización nueva y el dinamizador de cualquier renovación pastoral, bien sea a nivel de la Iglesia universal o de cualquier comunidad cristiana por humilde que sea y allí en donde se encuentre.

Puede resultar sorprendente lo que decimos, pues ¿quién no conoce este cristocentrismo trinitario de la fe eclesial?, ¿quién en una reflexión serena sobre el acontecimiento cristiano y la misión eclesial, no pondría en el Misterio de Cristo su centro y fuerza argumental?, ¿qué planes pastorales no ponen a Cristo en el centro?... Y, sin embargo –y no son preguntas retóricas–, ¿cuántas veces nuestros proyectos pastorales –siendo pertinente y legítimos–, están des-centrados y, por tanto, carentes de vitalidad?; ¿en cuántas ocasiones –sometidos a la vorágine del activismo– olvidamos que todo en la Iglesia –también el ejercicio de la teo-

logía sea cual sea la materia–, y aun la vida de todo cristiano, no pueden pretender otra cosa que actualizar la persona, palabra y obra de Jesucristo?

Es preciso reconocer que, en muchas ocasiones, damos por supuesto la centralidad del Misterio de Cristo y justificamos las mediaciones eclesiales y las actividades pastorales desde parámetros mundanos, lo que Francisco llama “mundanidad espiritual” (cf. EG 93-97): intereses propios, prestigio, números, influencia... Y en otras muchas, aun centrados en Cristo, ofrecemos unas visiones cortas, poco significativas o deformadas de su Misterio. A veces, porque lo queremos hacer atractivo –según los gustos del tiempo–, lo diluimos y rebajamos hasta deformarlo. Y otras, porque lo presentamos con un tamiz tan ideológico que difícilmente en nuestro anuncio se puede reconocer a Jesucristo. En cualquier caso, pocas veces se llega a ofrecer “la riqueza insondable de Cristo” (Ef 3,8).

3. El misterio de Jesucristo, en quien se cumple el designio de Dios

Según lo que decimos, parece conveniente que nos detengamos, por un instante, en comprender que se encierra bajo la expresión “Misterio de Cristo”¹⁰. Ciertamente, el estudio del tema llevaría nuestra reflexión muy lejos, pues, de un modo u otro, en él están implicadas todas las disciplinas teológicas. Nuestro camino va a ser más sen-

10 A continuación, hacemos relación de algunos estudios, con perspectivas diferentes, que ofrecen una visión panorámica del “misterio” y del “misterio de Cristo”: L. Bouyer, *Mysterion. Du mystère à la mystique*, O.E.I.L., Paris 1986; Y. Andia, *Mística. El admirable misterio de Dios y del hombre en Cristo*, Sígueme, Salamanca 2022; J. Martín Velasco, *Introducción a la fenomenología de la religión*, 7 ed., Trotta, Madrid 2006, 117-160; J. Martín Velasco, “Misterio”, en J. J. Tamayo (dir.), *Nuevo diccionario de Teología*, Trotta, Madrid 2005, 611-617; A. Cordovilla, *El misterio del Dios trinitario*, BAC, Madrid 2012, 27-35. Para la Iglesia, contemplada desde la perspectiva del “misterio”, cf. O. Casel, *Misterio de la Ekklesia. La comunidad de todos los redimidos en Cristo*, Guadarrama, Madrid 1964; M.-J. Le Guillou, *Teología del misterio. Cristo y la Iglesia*, Estela, Barcelona 1967; G. Philips, *La Iglesia y su misterio en el Concilio Vaticano II*, vol I, Herder, Barcelona 1968. Respecto a la presentación de la cristología desde la perspectiva de los misterios nos remitimos a la bibliografía nota 23.

cillo por ir a la raíz. Siguiendo la sugerencia de san Juan Pablo II, nuestro estudio se va a centrar en la concepción que Pablo tiene del “Misterio de Cristo”¹¹, en concreto, tal como lo presenta en el Himno a la carta a los Efesios (Ef 1,3,14)¹². Este Himno tiene la virtud de reunir los elementos esenciales que laten en el Misterio cristiano. Y subraya, de un modo especial, la centralidad de Cristo y la relación entre la economía de la creación y la economía de la redención, en la que va incluida la Iglesia. Sin duda, estos dos subrayados fundamentan y estimulan la renovación misionera en la que está implicada la Iglesia actualmente.

3.1. El himno al designio salvífico de Dios (cf. Ef 1,3-14)¹³

El Himno, con el que se inicia la Carta a los Efesios, es una *eulogía*, es decir pertenece al género literario de las bendiciones. De hecho, se inicia con una bendición a Dios en respuesta a la bendición que

11 Cf. R. Penna, *Il “mysterion” paolino*, Paideia, Brescia 1978; Bouyer, *Mysterion*, 95-142; Andia, *Mística*, 25-52.

12 Bien es conocido como la idea de sobrenatural lastró la teología moderna hasta mediados del siglo XX; pues bien, H. Bouillard, en el libro homenaje de su amigo de H. de Lubac, colaboró con un artículo bajo el título: H. Bouillard, “L’idée de surnaturel et le mystère chrétien”, en *L’homme devant Dieu*, T. III, Aubier, Paris 1964, 153-166; este trabajo se encuentra recogido en su libro recopilatorio: H. Bouillard, *Comprendre ce que l’on croit*, Aubier-Montaigne, Paris 1971, 43-67. En este estudio, Bouillard propone designar como “Misterio cristiano” lo que antes se denominaba “orden sobrenatural”, y manifiesta como esa terminología hace referencia a la revelación histórica, pone en conexión -sin confundirlos- el orden de la creación con el de la redención y manifiesta la centralidad de Cristo; cf. J. C. Carvajal Blanco, *Lógica de la existencia y lógica de la fe, su correspondencia en H. Bouillard*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2003, 87-96. Nos anima a focalizar nuestro estudio en el Himno de los Efesios, un comentario de Bouillard: “Peut-on concevoir définition plus grandiose de l’ordre surnaturel’ que la notion du ‘Mystère’, qui ouvre l’Épître aux Ephésiens?” (Bouillard, *Comprendre ce que l’on croit*, 57-58). Quizá, en la base de esas dificultades pastorales que hemos enumerado al inicio de nuestro trabajo, persiste una concepción deficiente del Misterio cristiano. Por eso nos parece apropiado detenernos en presentarlo de la mano del Himno de Efesios.

13 El título de este apartado es el mismo que la Biblia de la Conferencia Episcopal Española da al Himno de los Efesios. Por otro lado, nuestra argumentación sigue de un modo libre el comentario exegético de H. Schlier, *La carta a los Efesios. Comentario*, Sígueme, Salamanca 2006, 47-96; también lo dicho por O. González de Cardedal, *Cristología*, BAC, Madrid 2001, 507-523, y por Andia, *Mística*, 37-44.

Dios ha preparado para toda la humanidad y está en vías de realizarse en la Iglesia. El Himno de Efesios tiene una doble virtud¹⁴. Por un lado, secuencia históricamente la bendición divina en favor de los hombres: la elección y predestinación; después la concesión de la gracia o remisión de los pecados y, por último, la iniciación eclesial en el misterio. Por otro, aunque en toda la secuencia se subraya la centralidad de Cristo, en cada una de las etapas, la mirada recae, no en exclusiva pero sí de un modo dominante, en una de las personas divinas: al Padre le corresponde la elección, a Cristo la concesión de la gracia y al Espíritu lo que respecta a la iluminación. De este modo, queda manifiesta la economía salvífica.

3.1.1. La elección y predestinación por el Padre

“Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en el Amado” (Ef 1,3-6).

Tal como hemos dicho, la bendición va dirigida a “Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo”. Al referirse a “Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo”, Pablo afirma que todo lo que sigue: el conocimiento del designio salvífico y del Misterio trinitario que le va implícito, solo se adquiere en Jesucristo¹⁵. Por esta razón, aunque el designio y la obra salvífica va destinada a todos los hombres -toda la humanidad está predestinada y ya, inicialmente, porta la bendición de Dios-, solo los cristianos, que conocen a Jesucristo, saben del plan divino de salvación y han recibido las primicias de la bendición definitiva.

14 Cf. Schlier, *La carta a los Efesios*, 50.

15 Esto que decimos y en otros términos lo expresa Pablo en la carta a los Gálatas: “Os hago saber, hermanos, que el Evangelio (el designio salvador de Dios) anunciado por mí no es de origen humano; pues yo no lo he recibido ni aprendido de ningún hombre, sino por revelación de Jesucristo” (Ga 1,11-12).

Por su parte, *Jesucristo es declarado “el Amado”*¹⁶. Él es el amado por excelencia, de modo que la relación que el Padre tiene con él le otorga identidad y nombre: Jesucristo es “el Amado” (con mayúsculas), sinónimo de Hijo. Él es el Unigénito. Esto tiene una importancia capital, pues todo lo que viene después, es decir, toda bendición, se realiza “en Cristo” y alcanza al hombre en la medida en que está incluido en él. Dios nos ama en Cristo.

Pero *¿cuál es el designio divino?* Antes de la fundación del mundo, por puro amor, el Padre ha elegido a los hombres con un fin determinado: para que lleguen a ser santo e intachables ante él (v. 4b). Dicho de otro modo, para que lleguen a ser sus hijos (v. 5). Así, si implícitamente queda manifiesto que el ser humano es una criatura, ya que solo se comprende por un acto creacional que le sitúa en un mundo creado, que tiene por finalidad darle cabida y que se realice en él el proyecto salvador previsto por Dios. Sobre este ser humano, sin embargo –y esta es la clave–, Dios proyecta un propósito que trasciende su carácter creatural. Todo hombre está llamado a ser santo e inmaculado. En pocas palabras, a *ser hijo adoptivo de Dios en el Hijo Amado*. O como afirmará el apóstol Pedro con una expresión de valor ontológico: a ser “partícipes de la naturaleza divina” (2 Ped 1,4).

Esta condición paradójica del hombre –una criatura con vocación divina– no solo pide que Dios le haya pensado, creado y amado mirando a su Amado, sino que le ponga bajo su amparo, de modo que sea por mediación de Cristo que llegue al hombre toda bendición. Entendamos lo que decimos.

- La vocación divina del hombre ya es, por sí misma, una bendición ¿qué otra criatura en la tierra o en el cielo tiene esta vocación? Así pues, por el acto creacional y por el don de la vocación todo ser humano está bajo la bendición de Dios. Todo ser humano está bendecido desde su raíz.
- No obstante, esta bendición original se reduplica en Cristo, pues, como afirma Pablo, dirigiéndose a los cristianos, es en él que Dios les ha bendecido “con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos”. Qué bien se comprende la afirmación joánica de que, de la plenitud del Verbo encarnado, todos hemos recibido gracia sobre gracia (cf. Jn 1,14.16).

16 Cf. Schlier, *La carta a los Efesios*, 74.

Pero comprendamos el tenor de las bendiciones que recibimos “en Cristo”. La naturaleza de estas bendiciones es espiritual, es decir, procede del don del Espíritu. ¡Cuidado!, aquí no plantea una antítesis entre las bendiciones “materiales” y las “espirituales”; sino que se pone de manifiesto que todos los dones y bienes que Cristo otorga a sus discípulos les vienen por el don de su propio Espíritu, que él les ha hecho partícipes. Los cristianos han recibido este don –como veremos– por el sello bautismal. Pero, además, esas bendiciones trascienden la existencia terrena y tiene repercusión en los cielos, allí donde el ser humano está destinado por el designio divino. Las bendiciones espirituales tienen, irremisiblemente, una perspectiva escatológica propia del designio divino¹⁷. En definitiva, son bendiciones para estar unidos a Cristo y así, en virtud de su señorío sobre cielo y tierra (cf. Flp 2,10), poder ser coherederos con él de la gloria de Dios (cf. Rm 8,17).

3.1.2. La concesión de la gracia por Cristo, el Amado

Pero, pasemos a contemplar la bendición que Dios nos ha dado en su Amado:

“En él, por su sangre, tenemos la redención, el perdón de los pecados, conforme a la riqueza de la gracia que en su sabiduría y prudencia ha derrochado sobre nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar por Cristo, en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra. En él hemos heredado también los que ya estábamos destinados por decisión del que lo hace todo según su voluntad para que seamos alabanza de su gloria quienes antes esperábamos en el Mesías. En él también vosotros...” (Ef 1, 7-13).

El designio que Dios quiere cumplir en toda la humanidad por y en su Hijo Amado, *ya se está realizando en la Iglesia*. Precisamente, este es el motivo por el que el apóstol Pablo bendice a Dios: la elección, la remisión de los pecados y la participación en el Misterio –elementos esenciales de la bendición–, ya está en vías de realización para los que están en Cristo. Esta realización en la Iglesia, por un lado,

¹⁷ Cf. Schlier, *La carta a los Efesios*, 55-62.

manifiesta que su desarrollo es histórico. Dios ha reunido en un solo pueblo, entorno a Cristo, tanto a los que pertenecen al pueblo elegido y esperaban al Mesías (v.v. 11-12) como a los que proceden de la gentilidad. Unos y otros han creído en Cristo y han sido marcados por el Espíritu (v.13). Y por otro, revela que esta realización tiene *un carácter gracioso*. En efecto, la existencia misma de la Iglesia no es consecuencia ni del derecho ni del esfuerzo humano, simplemente es fruto de la gracia de Dios que obra en ella y a través de ella. Esto supone que la existencia misma de la Iglesia ya es un testimonio y alabanza de la gloria divina; y que es a través de la bendición que recibe por la gracia divina que la Iglesia ya participa de dicha gloria.

¿En qué se muestra que los que han sido agraciados en Cristo ya participan de toda clase de bendiciones espirituales? ¿Cómo experimentan los cristianos la obra que Dios está realizando en ellos? Pablo señala dos signos que, de hecho, son el anticipo de la obra que Dios quiere realizar en la humanidad¹⁸.

- En primer lugar, en Cristo y en virtud de su sangre derramada en la cruz, *los cristianos reciben la gracia del perdón de sus pecados* (v. 7). Todo lo dicho hasta ahora apunta a un cumplimiento final, pero para que no se reduzca a un mito –o a una ideología–, en el curso de la historia, la redención futura acontece como perdón de los pecados. Este perdón es un anticipo de la redención que ocurrirá al final de los tiempos. Un perdón que tiene su origen y fundamento en un acontecimiento histórico, esto es, en la entrega de Jesús en la cruz; y que alcanza a los creyentes en la medida en que se confían a él y permanece en él. En efecto, *esta es la condición: permanecer en Cristo*; pues es en la medida en que se está injerto en él que la gracia y el amor de Dios –manifestada en el escándalo de la cruz (cf. 1 Co 18-31)– llega a los creyentes y ofrece la garantía del perdón y aun de la filiación.
- En segundo lugar, *los cristianos son conocedores del misterio de la voluntad divina*, esto es, del plan que Dios ha proyectado realizar por Cristo. Pablo considera que es una bendición que los miembros de la Iglesia conozcan el plan que Dios tiene sobre toda la creación, es decir que sepan que su designio es “recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra” (v. 9c). Este conocimiento no solo supone una participación en la sabiduría y prudencia divina –de por sí ya una bendición–; también es la condición para que puedan ser colaboradores del propio Dios y prestar

18 Para este punto nos remitimos a Schlier, *La carta a los Efesios*, 74-85.

un servicio a su proyecto salvador. Históricamente, la bendición de Dios “en Cristo” está mediada por los que “en Cristo” son concededores y partícipes de dicha bendición.

En efecto, la Iglesia –Esposa y Cuerpo de Cristo (cf. Ef 5,21-32; 4,11-16) – es portadora históricamente de la bendición divina: ella no solo lo proclama, porque lo conoce; también lo media porque por su unión con su Esposo y Cabeza ya participa de dicha bendición. Esto tiene una importancia capital¹⁹. Ante todo, porque la misma existencia de la Iglesia –la comunión de sus miembros en el Misterio de Cristo– revela “el misterio escondido desde los siglos y generaciones y revelado ahora a sus santos” (Col 1,26-27a). Ella, al ser el Cuerpo de Cristo, hace patente que todo fue creado por Cristo y para Cristo. Más aún, es por Cristo –por su sangre vertida en la cruz– y para Cristo que Dios ha querido reconciliar todas las cosas y ha hecho la paz con cuanto existe (cf. Col 1,16-20). Y después, porque los que pertenecen a la Iglesia –como miembros del Cuerpo que son– han sido incorporados a Cristo, hasta el punto de que Pablo llega a considerar que el misterio es “Cristo en vosotros” (Col 1,27). Más adelante volveremos sobre esto.

3.1.3. La iniciación eclesial en el misterio, por el Espíritu

Si la bendición divina tiene su realización histórica en Cristo –en su Encarnación y en su Pascua– y la Iglesia es el desarrollo histórico de dicha bendición, la cuestión que se nos plantea es la de saber cómo alcanza dicha bendición a cada creyente. Para responder a esta cuestión, el Himno pone en correspondencia la acogida del anuncio y la recepción del bautismo, ambos obra del Espíritu prometido.

“En él también vosotros, después de haber escuchado la palabra de la verdad –el evangelio de vuestra salvación–, creyendo en él, habéis sido marcados con el sello del Espíritu Santo prometido. Él es la prenda de nuestra herencia, mientras llega la redención del pueblo de su propiedad, para alabanza de su gloria” (1 Ef 13-14).

En primer término, es preciso reconocer que la bendición del Padre, aquella que se realiza en la entrega de su Amado en la cruz, se uni-

¹⁹ Cf. Andia, *Mística*, 34-37.

versaliza y llega a todo hombre *por medio del “Espíritu prometido”*²⁰. En efecto, el Espíritu fue prometido por los profetas. Según el profeta Ezequiel, a la purificación de los pecados y de las idolatrías corresponde la efusión de un espíritu nuevo que transformará el corazón de piedra en un corazón de carne y permitirá caminar según los preceptos de Dios (cf. Ez 36,25-27). Pero, además, este don, según el profeta Joel, posee un carácter universal: “Derramaré mi espíritu sobre toda carne” (Jl 3,1). También, el mismo Jesús, antes de su Pascua, prometió que lo enviaría cuando fuera glorificado a la derecha del Padre y manifiesta que el Espíritu es otro Paráclito, que dará testimonio de él y lo glorificará con aquello que él mismo recibe del Padre, llevará a sus discípulos a la verdad completa y así podrán dar testimonio suyo (cf. Jn 14,14-18, 25-26; 15,26-27; 16,5-7,12-14).

Tras su glorificación en la Pascua, Jesucristo cumple lo prometido y entrega el Espíritu Santo a sus discípulos (cf. Rm 1,3-4). Por eso, todos los bienes con los que Dios bendice a los hombres son espirituales (v.3), porque en realidad, *el Espíritu es el Don sobre todo don y la fuente de todos ellos*. Por otro lado, tan vinculado está el Espíritu a la obra realizada por Jesús que se le llama también “Espíritu de Cristo” (cf. Rm 8,9; Ga 3,6); de ahí que el enunciado “en Cristo” puede aparecer en paralelo con “en el Espíritu” (cf. Rm 8,9; 1 Co 3,16).

El Espíritu y Cristo constituyen una unidad dinámica como lo indica la fórmula “el Señor es el Espíritu” (2 Co 3,17); donde Señor puede referirse tanto a Dios como a Cristo, de tal modo que se puede deducir que el Espíritu mismo es la bendición que el Padre hace de sí mismo a través de Cristo, su Amado. En realidad, tal y como indica Ladaria, “el Espíritu no es algo que se coloca entre Cristo y nosotros, sino la misma inmediatez de su presencia”²¹. Por esta razón, los cristianos pueden vivir “en Cristo” porque viven “en el Espíritu” y pueden participar de las bendiciones que él posee como Amado de Dios, porque han recibido como don su mismo Espíritu.

20 L. F. Ladaria, *Jesús y el Espíritu: la unción*, Monte Carmelo – Didaskalos, Burgos 2013, 13-44, en especial 30-44. Cf. J. Marböck – J. Kremer, “Espíritu Santo”, en W. Kasper, *Diccionario enciclopédico de exégesis y teología bíblica*, T. I, Herder, Barcelona 2011, 571-577.

21 Ladaria, *Jesús y el Espíritu: la unción*, 43.

El Don del Espíritu llega a los cristianos por el bautismo; pero –según la secuencia lógica del Himno– después de haber escuchado el Evangelio y haber creído en él (v. 13). Esta doble afirmación establece *una correspondencia entre el anuncio y acto sacramental* por el que se dispensa lo anunciado. Según el texto, el elemento que vincula uno al otro es la fe. Recordamos lo dicho en el versículo 13: “después de haber escuchado la palabra de la verdad –el evangelio de vuestra salvación–, creyendo en él, habéis sido marcados con el sello del Espíritu Santo prometido”. Esta conclusión del Himno tiene una importancia capital, pues el sello bautismal otorga de manera efectiva y concreta a cada discípulo de Jesús todo lo que ha cantado la *eulogía*: la elección, la gracia de la filiación y la participación en el designio divino²².

No obstante, aunque la bendición divina que otorga el bautismo es fruto de la gracia, sin embargo, no es un acto mágico, requiere la implicación del sujeto. Entendamos la lógica. En efecto, la Iglesia conocedora del designio divino, lo propone a la conciencia de los sujetos (cf. 2 Co 4,2) como palabra verdadera que ilumina su existencia y buena noticia que, con la fuerza de Dios (cf. Rm 1,16; 1 Co 1,18), si la creen, les otorga la salvación. Aquí se presupone que los interlocutores del Evangelio están en disposición de escuchar la palabra de la verdad, porque ésta, justamente, desvela su propia verdad: el designio divino en el que está inscrita su existencia. Y, además, la pueden recibir como buena noticia porque, en la gracia del Espíritu, se les propone el cúmulo de bendiciones que Dios les quiere otorgar en Cristo y viene a resolver, de un modo definitivo, su condición paradójica. No obstante, es preciso que los sujetos otorguen su fe a esas palabras de la verdad –el evangelio de la salvación– para que por la fe puedan recibir la promesa del Espíritu que otorga el bautismo (cf. Ga 3,14b).

Una última palabra. El designio de Dios y los dones que ha otorgado a los creyentes en Cristo, todo tiene *una proyección escatológica*: hallará su pleno cumplimiento al final de los tiempos, cuando la redención sea plena. No obstante, el don del Espíritu, y con él todas las bendiciones que reciben los creyentes en Cristo, son arras de esa herencia prometida. Así pues, si por un lado, las bendiciones ya están otorga-

22 Cf. Schlier, *La carta a los Efesios*, 85, 95-96.

das, y los cristianos están bajo sus efectos hasta los últimos días. Por otro, estos dones están a la espera de su desarrollo. Fortalecidos por el Espíritu, los cristianos deben dejar que Cristo habite en ellos por la fe y, establecidos en su amor, puedan con todos los santos llegar a su plenitud, según la plenitud total de Dios (cf. Ef 3,14-21)²³.

3.2. Las dimensiones del Misterio cristiano dinamizadoras de la evangelización

Tras haber comentado el Himno de la carta a los Efesios para extraer los núcleos esenciales del Misterio cristiano, a continuación, pasamos a presentarlos de un modo sistemático. Nuestra intención es mostrar cómo esos núcleos se convierten, en realidad, en dimensiones capaz de dinamizar la misión evangelizadora de la Iglesia.

3.2.1. La estructura trinitaria del plan salvador de Dios

Si bien la misión evangelizadora de la Iglesia posee un carácter “cristocéntrico”, en ningún caso puede considerarse “cristomonista”. En efecto, aunque el designio salvífico de Dios tiene su centralidad en Cristo, es preciso tener siempre presente *la estructura y desarrollo trinitario que tiene dicho designio*. Esta es la condición para no hacer una reducción del Misterio de Cristo y de la misma actividad eclesial. El Dios cristiano no es un Dios ocioso, las personas divinas de la Santa Trinidad –misterio de comunión y misión–, cada una a su modo, están implicadas en la obra salvadora²⁴.

En efecto, como declara el decreto *Ad gentes*, el designio, e incluso su realización, dimana del amor fontal o caridad de Dios Padre (cf. AG 2). El Padre es el origen del plan salvador que ha proyectado sobre el hombre, pero también es su término. Si bien el designio divino pasa por recapitular todas las cosas en Cristo (cf. Ef 1,10); esta reca-

23 Para el comentario de este texto cf. Schlier, *La carta a los Efesios*, 219-232.

24 Cf. R. Biord Castillo, “*La misio dei* ¿paradigma de la teología o caballo de Troya”, en F. Meroni – A. Gil (coords), *La misión, futuro de la Iglesia*. *Missio ad-inter gentes*, PPC, Madrid 2018, 277-316; J. C. Carvajal Blanco, “Líneas de reflexión para una teología de la misión evangelizadora”, *Teología y Catequesis* 148 (2020) 41-68, en especial 60-67.

pitulación es un paso previo a su cumplimiento definitivo, cuando el Hijo entregará su reino a Dios Padre, para que así Dios sea todo en todo (cf. 1 Co 15,20-28). Esto supone que el designio salvador de Dios tiene un carácter universal y, por tanto, está activo, de modo diverso, en todos los hombres, con independencias de razas, cultura y religiones (cf. LG 13. 16).

Esta realización misteriosa pero real está operada por el Espíritu Santo –el Espíritu que el Hijo glorificado envía desde el Padre para que ofrezca su salvación y dé testimonio de él (cf. Jn 15,26-27; 16,14-15)–, quien universaliza la salvación operada en Cristo y la ofrece a todo ser humano que viene a este mundo (cf. GS 22e). Es preciso reconocer el protagonismo del Espíritu en la evangelización y que él es el alma de la Iglesia evangelizadora (cf. EN 75; RM 21; DC²⁵ 23.39).

De este modo, bajo la luz de la revelación divina, a la Iglesia le corresponde discernir los “signos de los tiempos” (cf. GS 4a.11a) y “las semillas de la Palabra” (cf. LG 17; GS 10-11.22.26.41.92-93; AG 3.11.15...) por los que el Espíritu va llevando adelante la obra divina y ponerse a su servicio. En este sentido, el anuncio del Evangelio es el primer servicio que los discípulos prestan al designio divino. Con él iluminan la acción secreta del Espíritu y lo propone a la fe, para que quienes lo acepten reconozcan en Jesucristo la misericordia divina, se inserten en él y así pueda cumplir su vocación divina (cf. DC 2a).

3.2.2. El carácter único y universal de Jesucristo

Al igual que la carta a Timoteo afirma el carácter universal del designio divino: “Dios, nuestro Salvador, quiere que todos los hombres se salven”; también manifiesta que la voluntad divina es que todos “lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tm 2,4). La razón es dicha a continuación: “Pues Dios es uno, y único también el mediador entre Dios y los hombres: el hombre Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos; este es un testimonio dado a su debido tiempo” (1 Tm 2,5-6).

²⁵ Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, *Directorio para la catequesis*, Madrid (=DC): EDICE, Madrid 2020.

La lógica es clara y, por tanto, se resiste a cualquier intento de introducir una fisura entre la voluntad salvífica universal y el anuncio de Jesucristo. Si el designio salvífico de Dios se ha realizado en Cristo – él es el único y universal salvador (cf. RM 4-11) –, justo es que los hombres se definan ante esta verdad, pues en ella radica su salvación: Dios, “nos ha creado sin nosotros, pero no ha querido salvarnos sin nosotros”²⁶. Por esta razón, aunque, gracias a la acción del Espíritu, todos los hombres están bajo los efectos salvíficos del misterio pascual y pueden cumplir su vocación, *necesitan el anuncio de Cristo* para que consciente y libremente se introduzcan en el ámbito –la Iglesia– en el que la obra divina se realiza de un modo visible y eficaz, esto es, sacramentalmente. Como afirma la primera carta a Timoteo “Dios vivo es el salvador de todos, sobre todo de los que cree” (1 Tm 4,10).

Sin duda alguna, estas afirmaciones presuponen una concepción “crística” del hombre²⁷. Tal como lo hemos visto en el Himno de la carta a los Efesios. En primer lugar, Dios ha creado todo por Cristo y para Cristo (cf. Col 1,16c) y, de un modo especial, los hombres, quienes desde su creación han sido destinados por medio de Jesucristo a ser sus hijos (cf. Ef 1,5). Más aún, por Cristo –por su sangre en la cruz–, y para recapitular todas las cosas en él, todo ha sido liberado del pecado y reconciliado con Dios (cf. Col 1,20; Ef 1,7.9b). Y, por último, es viviendo “en Cristo” (cf. Rm 6,4-11), que el hombre se constituye en una nueva criatura (cf. 2 Co 5,17) y, bajo la gracia de su Espíritu, cumple ya su vocación filial (cf. Rm 8,24-30; Ga 3,25-29.6-7).

Esta determinación crística del hombre es fundamental para la evangelización. El anuncio del Evangelio –¡ojo! salvado el proceso de inculturación– es significativo para todo ser humano, sean cuales sean sus circunstancias y condicionantes, pues “en las personas y en los pueblos, por la acción del Espíritu, hay una espera, aunque sea inconsciente, por conocer la verdad sobre Dios y sobre el hombre, sobre el camino que lleva a la liberación del pecado y de la muerte” (RM 45; cf. EG 265).

26 San Agustín, *Serm.* 169,11.13, citado en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1847.

27 Cf. J. C. Carvajal Blanco, *Evangelización e iniciación cristiana*, Universidad eclesiástica san Dámaso, Madrid 2022, 51-56.

De este modo, la actividad evangelizadora ha de atender, a un tiempo, tanto los rasgos culturales, religiosos y sociales que configuran a los pueblos y a las propias personas, como a esa vocación “en Cristo” que late en todos ellos. Si la consideración de las culturas ayuda a una mejor comprensión del Evangelio y, por tanto, a su comunicación. Es por la atención a los anhelos profundos de sus interlocutores que la Iglesia, más allá de cualquier relativismo, puede presentar a Cristo como el verdadero salvador y en quien alcanzan su verdadera plenitud.

3.2.3. La mediación sacramental de la Iglesia

Si la determinación crística es esencial para el ser humano, y toda persona, para cumplir su verdadera vocación, está llamada a definirse ante ella; es preciso que el Misterio de Cristo permanezca visible y se presente como oferta de salvación. Anteriormente hemos indicado, que su actualización y universalización es obra del Espíritu. No obstante, atendiendo a la constitución del hombre, esto necesita visibilidad histórica y realización sacramental. Aquí es donde aparece *la necesidad de la Iglesia*. Pues, en realidad, como señala el papa Francisco en la encíclica *Lumen Fidei*²⁸, “La contemporaneidad de Cristo respecto al hombre de cada época se realiza en el cuerpo vivo de la Iglesia” (LF 38).

Para comprender bien *la lógica sacramental* que va implícita en esta afirmación, acudimos a dos imágenes paulinas, recogidas por el Concilio (cf. LG 7; SC 5)²⁹.

- Por un lado, está *la imagen sponsal* por la que Jesucristo es presentado como el Esposo de la Iglesia y ella su Esposa. Al igual que Eva fue creada del costado de Adán (cf. Gn 2,22-24), se concibe que la Iglesia -en virtud de la fe que otorga a la Palabra y la recepción de los sacramentos- nace del costado del nuevo Adán dormido en la Cruz (cf. CCE 766). Esta refe-

²⁸ Francisco, Carta encíclica *Lumen fidei* (29-VI-2013) (=LF), AAS105 (2013) 555-596.

²⁹ Cf. S. Pié-Ninot, *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana*, Sígueme, Salamanca 2007, 155-160; C. Militello, “Cuerpo de Cristo”, en G. Calabrese – P. Goyret – O. F. Piazza (eds.), *Diccionario de eclesiología*, BAC, Madrid 2016, 250-268; G. Richi, *Una débil criatura lleva a Dios. Vademécum de eclesiología*, Didaskalo, Madrid 2020, 73-86.

rencia esponsal, como dice el apóstol Pablo, supone un gran misterio ya que, a semejanza de la unión del varón y la mujer (cf. Ef 5,32), la unión entre Cristo y la Iglesia hace que en verdad formen una sola carne (cf. CCE 796).

- Por otro lado, esta imagen se desarrolla con la *imagen del Cuerpo eclesial*: Jesucristo es la Cabeza de la Iglesia y ella es su Cuerpo (cf. Col 1,18); de este modo, de la unión entre Cristo y la Iglesia se constituye ese “Cristo total”, del que habla san Agustín³⁰. Esto supone que ser miembro de la Iglesia y participar de su vida conlleva ser miembro de Cristo y participar sacramentalmente de su misterio divino (cf. 1Co 12,27) (cf. CCE 792-795).

De lo que decimos, se desprende, que la participación en la vida eclesial es ya una participación en la vida de Cristo, pues “la Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree” (DV 8a). En efecto, su vida santa –la que por el Espíritu le viene de su divino Esposo– la transmite a sus miembros, por la participación en las cosas santas, y así los discípulos de Jesús reciben alimento, cohesión y crecen como Dios los hace crecer (cf. Col 2,19b). Más aún, es en la comunión de la Iglesia –que brota de la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios y ponen en común todos los dones y ministerios– que los discípulos de Jesús pueden llegar “al hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud” (cf. Ef 4,13). La comunión con Jesucristo y el crecimiento hasta llegar a su medida ni acontece ni se desarrolla al margen de la comunión eclesial, esta es la condición *sine qua non* (cf. Ef 4,15-16). Y esta comunión eclesial tiene su primer referente en la Iglesia particular, porción del pueblo de Dios, presidida por un sucesor de los apóstoles y que peregrina en un espacio sociocultural.

3.2.4. “Hasta que Cristo se forme en vosotros” (Ga 4,19)

Ya hemos indicado que, según el Himno de Efesios, el designio del Padre es que todos los hombres sean “en Cristo” santos e intachables, más aún, que lleguen a ser, por su rescate en la cruz, hijos en su Amado (cf. Ef 1,4-5; Ga 4,4-5). Y también hemos dicho cómo este proyecto, por la gracia del Espíritu y en el seno de la Iglesia, se va

30 Sant’Agostino, *Il Cristo totale*, G. Carrabetta (ed.), Città Nuova, Roma 2012.

realizando históricamente, de un modo anticipado, en los cristianos.

En efecto, el cristiano, en realidad, es alguien que ya es o existe en Cristo (cf. 1 Co 1,30; Rm 8,1)³¹, hasta el punto de ser una nueva criatura (2 Co 5,17) y ser uno con él (cf. Ga 3,28). Por la fe y el bautismo, ha recibido el Espíritu filial que le hace clamar “¡Abba, Padre!”, y le hace heredero de la vida eterna (cf. Rm 8,15-17; Ga 4,4-7). De este modo, ya no se puede hablar de “griegos y judíos, de circuncisos e incircuncisos, bárbaros, escitas, esclavos y libres, sino [de] Cristo, que lo es todo y en todos” (Col 3,11).

Este hecho es tan real y evidente para Pablo que llega a emplear una expresión que, cuanto menos, es especialmente sorprendente. El apóstol llega a declarar que el misterio es “Cristo en nosotros” (cf. Col 1,27). De hecho, esta percepción de fe es tan evidente que configura su propia experiencia espiritual, hasta el punto de llegar a afirmar que ya no es él el que vive, sino que es Cristo el que vive en él, porque considera que su vivir es un vivir en la fe del Hijo de Dios con el fin de vivir para Dios (cf. Ga 2,19-20; 1,15-16). Y también concibe su misión como una paternidad que tiene como objetivo ver formado a Cristo en aquellos a los que es enviado (cf. Ga 4,19; 1 Co 4,15-16; 2 Co 13,5-6; Ef 3,16-17). Según esto –y es una consecuencia esencial para la evangelización–, la vida cristiana pasa por *reconocer que Jesucristo está en el propio cristiano* (cf. 1 Co 13,5), y que su vivir, literalmente, es dejar vivir a Cristo en él³².

Sin embargo, inmediatamente surge la duda: aunque exista la mediación de la Iglesia y la gracia del Espíritu esté permanentemente ofrecida ¿cómo es posible que un cristiano pueda vivir la propia vida de Cristo y ser transformados a semejanza suya? ¿Cuál es el punto de contacto para que se de en el cristiano una transformación crística? Dos textos del *Catecismo de la Iglesia Ca-*

31 Cf. S. Gamarra, *Teología espiritual*, BAC, Madrid 1994, 55-84.

32 “La inhabitación de Cristo en los fieles, señalada con la fórmula ‘Cristo en nosotros’, no hay que entenderla solo como una fuerza impersonal que actúa en el cristiano; hay que tomarla en sentido literal, como designando la presencia y la actividad de la persona del Cristo pneumático en el hombre” en W. Goossens, *L’Eglise corps du Christ d’après saint Paul*, Paris 1969, 62, citado en Andia, *Mística*, 45.

tólica, extraídos del párrafo en los que trata sobre “Los misterios de la vida de Cristo” (cf. CCE 512-570)³³, nos ayudan a responder a estas cuestiones.

“Todo en la vida de Jesús es signo de su Misterio [...] Su humanidad aparece así como el “sacramento”, es decir, el signo y el instrumento de su divinidad y de la salvación que trae consigo: lo que había visible en su vida terrena conduce al misterio invisible de su filiación divina y de su misión redentora” (CCE 515).

En efecto, *la humanidad de Cristo posee un carácter sacramental*: él y solo “él es la imagen del Dios invisible” (cf. Col 1,15); ya que “en él habita la plenitud de la divinidad corporalmente” (Col 2,9; cf. 1,19). De este modo, entrar en contacto con su humanidad es entrar en contacto con el Misterio divino que en él habita y que se entrega a través de su carne para nuestra salvación – divinización (cf. DC 30). Sin embargo, inmediatamente surge la duda ¿cómo podemos entrar en contacto y en verdadera comunión con la humanidad del Hijo de Dios? Un segundo texto del *Catecismo* nos ayuda a responder:

“Todo lo que Cristo vivió hace que podamos *vivirlo en Él* y que Él lo *viva en nosotros*. ‘El Hijo del Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre’ (GS 22,2). Estamos llamados a no ser más que una sola cosa con Él; nos hace comulgar en cuanto miembros de su Cuerpo en lo que Él vivió en su carne por nosotros y como modelo nuestro” (CCE 521).

La humanidad –la carne unida al itinerario vital– es el denominador común que une, de un modo general, a todos los hombres con Cristo: “El Hijo del Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre” (GS 22,2). Esto supone, que nuestra naturaleza humana –nuestra condición creatural, histórica, contingente, inclu-

33 Para la cristología expuesta desde la perspectiva de los misterios cf. *Mysterium salutis*, Vol. III, T. II, Cristiandad, Madrid 1969, 19-335; O. González de Cardedal, *Fundamentos de cristología. II: Meta y misterio*, BAC, Madrid 2006; J. Granados García, *Teología de los misterios de la vida de Jesús. Ensayo de cristología soteriológica*, Sígueme, Salamanca 2009; F. Ocariz, L. F. Mateo – F. Ocariz – J. Riestra, *El misterio de Jesucristo*, 4 ed., EUNSA, Pamplona 2010. Desde una perspectiva del año litúrgico cf. O. Casel, *El Misterio de la Cruz*, Ed. Asociación Bendita María, Madrid 2010.

so pecadora...– es la condición *sine qua non* para entrar en comunión con la humanidad de Jesucristo; es decir, *nuestra humanidad es “el punto de contacto” con su humanidad divina*. Sin embargo, es preciso que en ese punto de contacto se dé un pasaje del “misterio humano” –común a Jesús y a todo hombre– al “Misterio divino”, propio de quien es Hijo de Dios. Esto supone que, a la luz del misterio humano de Jesús, la persona debe penetrar en el misterio que le proporciona su propia humanidad, para así pasar –sin abandonarlo– de la realidad visible: lo humano, carnal e histórico, a la realidad invisible: divina, espiritual y eterna que en Jesús se le ofrece.

En aras del realismo de este encuentro entre la humanidad de Cristo y la humanidad del creyente y como mediación del don de su vida divina está la Iglesia, la cual, antes hemos dicho, es la Esposa y el Cuerpo de Cristo. En este ámbito maternal porque es en el seno eclesial donde se va alumbrando al cristiano como otro cristo-, la Palabra y la celebración sacramental realizan su obra.

- La Iglesia es la casa de la Palabra y, a través de ella, Dios llama por medio del Evangelio para que el que crea adquiera la gloria de Jesucristo (cf. 2 Tes 2, 14). Esto ciertamente supone un proceso hermeneútico por el que la persona interpreta sus experiencias humanas a la luz de la Palabra divina, y así las comprende a la luz de Jesucristo.
- No obstante, aunque el Evangelio es fuerza de Dios (cf. Rm 1,16; 1 Co 1,18), es preciso que el creyente entre en comunión – intimidad con los misterios de Cristo, y esto acontece fundamentalmente en los sacramentos. En este punto el *Catecismo* es especialmente explícito: “Los misterios de la vida de Cristo son los fundamentos de lo que en adelante, por los ministros de su Iglesia, Cristo dispensa en los sacramentos, porque ‘lo [...] que era visible en nuestro Salvador ha pasado a sus misterios’” (CCE III5, con cita de San León Magno, *Sermo* 74, 2).

4. Una evangelización con dimensión kerigmática y mistagógica: del encuentro a la comunión

Este trabajo lleva por título “*La comunión con el Misterio de Cristo, finalidad de la evangelización y fuente de su renovación*”, hasta ahora hemos presentado las dimensiones esenciales del Misterio cristiano y, por las mismas, hemos sostenido que la finalidad de toda activi-

dad evangelizadora es ayudar, de un modo o de otro, a participar de dicho Misterio. Ahora nos queda indicar, de qué modo este Misterio puede ser fuente de renovación de la vida eclesial y de su misión. El papa Francisco, al hablar de la catequesis, señaló dos caminos para propiciar su renovación. Bien los podemos considerar también como vías de acceso al Misterio y las fuentes que pueden renovar la pastoral de nuestras comunidades. Nos estamos refiriendo:

- Al *primer anuncio*, entendido este en un sentido cualitativo, como el “principal” (cf. EG 164), ya que el Papa considera que “toda formación cristiana es ante todo la profundización del kerygma que se va haciendo carne cada vez más y mejor” (EG 165).
- Y a la *mistagogía*, comprendida en un sentido amplio, como “la necesaria progresividad de la experiencia formativa donde interviene toda la comunidad y una renovada valoración de los signos litúrgicos de la iniciación cristiana” (EG 166).

Según entendemos, estos dos caminos apuntan de modo diverso al Misterio cristiano. Si el anuncio está al servicio del encuentro con Cristo para que el creyente viva en su presencia; la mistagogía es el dispositivo por el que se favorece la comunión configuradora con su Misterio. A continuación, decimos una palabra sobre la lógica que articula cada uno de estos procesos, los cuales, a nuestro entender, han de ser consideradas dos dimensiones esenciales y complementarias de la tarea evangelizadora del futuro.

4.1. El anuncio del kerigma, al servicio del encuentro con Jesucristo

Quizá una de las formas más sintética de definir el kerigma la hallamos en *Evangelii gaudium*, fórmula que no se puede tomar a modo de inventario, sino en todo valor y significado, lo cual comporta una extrema exigencia para la pastoral del primer anuncio³⁴. Recogemos las palabras del papa Francisco:

“El kerygma es trinitario. Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre” (EG 164).

34 Cf. J. C. Carvajal Blanco, *Pastoral del primer anuncio*, Universidad Eclesiástica San Dámaso, Madrid 2022.

Llama la atención que el Papa ponga el punto de mira en *el carácter trinitario del kerigma*. En efecto, el anuncio no puede ser considerado como una fórmula mágica que provoca la fe ya sea por la emotividad con la que se pronuncia o por su potencia argumental. La proclamación del kerigma está al servicio de la acción de la Santa Trinidad; pues en la base del anuncio, la raíz de su verdadera eficacia radica en reconocer y consentir el protagonismo del Dios Trinidad para secundarlo. Es la primacía de la gracia de la que habló Juan Pablo II (cf. NMI³⁵ 38; EG 112) y que Francisco subraya con otras palabras: “En toda la vida de la Iglesia debe manifestarse siempre que la iniciativa es de Dios” (EG 12). Aquí reside el hecho de que el anuncio tenga la pretensión de ser un verdadero acontecimiento; ya que ayuda a descubrir algo que está ocurriendo y si el sujeto acepta la novedad que comporta se le abre un futuro que va más allá de sus propias expectativas.

En realidad, el anuncio es un servicio a la relación dialógica que Dios mantiene con cada ser humano. Para que este servicio sea posible la comunidad cristiana, en general, y sus miembros, de un modo particular, deben ser capaces de discernir la acción misteriosa pero real del Espíritu en la vida de sus interlocutores, en las circunstancias que envuelven sus existencias, en los acontecimientos que irrumpen en su itinerario vital y en las mociones interiores que sienten y, muchas veces, les resulta indescifrables. Y, a partir de este discernimiento, realizado en el marco de una relación personal, es cuando los creyentes pueden proponer, de un modo sencillo pero significativo, la presencia viva de Cristo a la conciencia de sus compañeros.

En realidad, el servicio que presta el anuncio es muy humilde y, sin embargo, fundamental. En realidad, no “inventa” la presencia, sino que gracias “al sentido de la fe”, los cristianos ofrecen a sus compañeros la luz necesaria que les permite reconocer cómo el Misterio de Cristo les afecta y cómo la obra de Jesús ya está activa en su vida. En cierto modo, el verdadero anuncio es siempre una confesión de fe por parte de los creyentes que trasciende la propia

35 Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6-I-2001) (=NMI), AAS 93 (2001), 266-309.

vida para ir a parar, como oferta, a la vida y conciencia de sus interlocutores. Es *una confesión de fe compartida* y que si es libremente aceptada –sin sombra de manipulación– supondrá el encuentro con Jesús y el inicio de un camino a recorrer con confianza y espíritu de conversión.

Esto puede parecer muy complejo, propio de una élite pastoral. Nada más lejos de la realidad, podemos decir que todo cristiano, en virtud de la fe y la unción bautismal, está capacitado por el “*sensus fidei*” para ser pregonero del anuncio en su vida ordinaria, entre sus familiares, compañeros, amigos... Otra cosa es que nuestras comunidades formen a sus miembros desde esta perspectiva³⁶.

En efecto, a pesar del irrenunciable carácter teologal del anuncio, en boca de cualquier discípulo de Jesús pasa por ser una *propuesta necesariamente sencilla y significativa*. Para que esto sea posible es preciso que el anuncio ponga en conexión dos extremos: las experiencias humanas de los interlocutores con las experiencias divino-humanas de Jesús. En efecto, las experiencias humanas de los interlocutores: sus anhelos y deseos más profundos, sus miedos y fracasos, sus circunstancias y relaciones personales..., todas ellas han de ser contempladas en ese punto donde la persona se descubre como un misterio y destinatario de esa acción misteriosa del Espíritu que late en todas ellas sembrando “las semillas de la Palabra” (*semina Verbi*) y preparando el anuncio del Evangelio (*praeparatio evangélica*). A partir de las experiencias humanas abiertas al misterio y tras haber contemplado la acción preveniente del Espíritu en la vida de las personas, el cristiano puede entonces proponer el anuncio por el que pone dichas experiencias en correspondencia con la experiencia humano-divina de Jesús el Hijo de Dios –los misterios de Cristo–, y esto dicho con un lenguaje comprensible y de manera sencilla: la verdad atrae por ella misma.

36 Sobre este punto cf. J. C. Carvajal Blanco, *Evangelizadores al servicio del Espíritu*, PPC, Madrid 2018, en concreto el capítulo 3: “El evangelizador, mistagogo de la fe”, 75-105.

4.2. La dimensión mistagógica de la pastoral, al servicio de la comunión configuradora con el Misterio de Cristo

Junto al anuncio del kerigma, el papa Francisco habla de que la catequesis debe empeñarse en una *iniciación mistagógica*. En cuanto iniciación, bien podemos suponer que la propuesta mistagógica del Papa desborda el marco de la catequesis, y en concreto el del tiempo de la mistagogía –cuarta etapa del proceso del catecumenado bautismal (cf. RICA³⁷ 37-40; 235-239) – para convertirse en una dimensión configuradora de toda la pastoral eclesial. En cierto modo, si atendemos al texto de *Evangelii gaudium*, esto encuentra su refrendo en las propias palabras del Papa. Francisco señala que la iniciación mistagógica significa básicamente dos cosas (cf. EG 166): La necesaria progresividad de la experiencia formativa donde interviene toda la comunidad; y una renovada valoración de los signos litúrgicos de la iniciación cristiana.

Si el segundo significado apunta propiamente al objeto propio de la etapa mistagógica del catecumenado: la acogida plena y fructuosa de los Misterios recibidos en los sacramentos de iniciación a través de unas catequesis que ayuden a profundizar en la inteligencia de los signos litúrgicos donde laten toda la historia de la salvación (cf. RICA 38). El primero desborda el ámbito estrictamente sacramental para comprender que la participación en la vida de la comunidad cristiana también supone y exige una iniciación mistagógica. Como no puede ser de otro modo, la participación en la comunidad eclesial también es condición y medio para entrar en comunión con el Misterio de Cristo.

Dicho esto, en el mismo número de *Evangelii gaudium*, parece que el Papa apunta a un tercer elemento. Parafraseando a Francisco, el objetivo de esta iniciación mistagógica es que todas las dimensiones de la persona se integren –añadiríamos nosotros, con el Misterio de Cristo–, en un camino comunitario de escucha y respuesta (cf.

37 Sagrada Congregación para el Culto Divino, *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*, ed. española del *Ordo Initiationis Christianae Adulorum* (=RICA), *Editio Typica*, Typis Polyglottis Vaticanis, Città del Vaticano 1972.

EG 166). En cierto modo, esta indicación del Papa encuentra un verdadero desarrollo en el RICA, en el número en el que se indica qué es lo que se hace en el tiempo de la mistagogía:

“Concluida la etapa precedente, la comunidad juntamente con los neófitos progresa, ya con la meditación del Evangelio, ya con la participación de la Eucaristía, ya con el ejercicio de la caridad, en la percepción más profunda del misterio pascual y en la manifestación cada vez más perfecta del mismo en su vida. Ésta es la última etapa de la iniciación, a saber el tiempo de la ‘Mystagogia’ de los neófitos” (RICA 37).

A la luz de lo indicado por el papa Francisco y este número del RICA, podemos *establecer una cadena mistagógica*³⁸ que, si bien la catequesis debe iniciar, en realidad, se extiende a toda la pastoral de las comunidades eclesiales, para que sus miembros puedan participar y configurarse con el Misterio de Cristo.

No cabe duda de que *el primer eslabón de esta cadena* es la acogida y apropiación de los sacramentos de la Iniciación cristiana y *la participación en la vida litúrgica-sacramental de la Iglesia*. En este punto, encuentra toda su fuerza la máxima de san León Magno, citada más arriba: “lo que era visible en nuestro Salvador ha pasado a sus misterios” (*Serm.* 74,2). Esto exige una catequesis mistagógica en sentido estricto que, a semejanza de la catequesis de los Padres de la Iglesia, ponga en relación los acontecimientos fundamentales de la historia de la salvación –vistos a la luz de la pascua de Cristo– con los signos y ritos litúrgicos que los actualizan en la vida de la Iglesia y de los cristianos (cf. *Sacramentum caritatis* 64; DC 97-98.291).

El segundo eslabón apunta a la vida de la propia comunidad cristiana. El texto del RICA que hemos citado señala que al Misterio de la Pascua no solo se accede por la participación en las celebraciones litúrgicas, especialmente en la Eucaristía; sino también por la participación

38 Lo que sigue lo hemos tratado de modo diverso en: J. C. Carvajal Blanco, “La iniciación en la fe y en la vida cristiana de quienes se incorporan a la comunidad cristiana”, en F. Meroni – A. Gil (coords.), *La misión, futuro de la Iglesia. Missio ad-inter gentes*, PPC, Madrid 2018, 195-223, especialmente 215-222; J. C. Carvajal Blanco, “El catequista mistagogo, en el seno de una comunidad mistagógica”, *Actualidad Catequética* 261-262-263 (2019) 185-218.

en las otras dimensiones de la vida eclesial: la meditación del Evangelio y el ejercicio de la caridad. En realidad, aquí se está evocando el triple ministerio: el de la liturgia, el de la Palabra y el de la caridad, por el que la Iglesia actualiza y media la presencia salvífica de Jesucristo, sacerdote, profeta y rey, en medio del mundo. Esto reclama que toda la pastoral de nuestras comunidades se desarrolle desde una perspectiva mistagógica. La cuestión no es tanto lo que hacen y la efectividad de sus acciones, cuanto el significado de lo que realizan. No se trata tanto de que los creyentes se incorporen y participen en la vida de la Iglesia –por supuesto algo fundamental y necesario–, cuanto que a través de su pertenencia eclesial y su participación en la actividad misionera se reconozcan en comunión con Jesucristo y partícipes de su misión salvífica. ¡Que lejos están nuestras comunidades de promover el sentido del misterio de su propia vida y misión!

Pero existe *un tercer eslabón* –a mi modo de ver poco atendido aunque sea definitivo– para que la comunión con el Misterio de Cristo sea fundamento de la vida del creyente e itinerario de su existencia cristiana. En palabras de la carta a los Colosenses se trata de que *cada bautizado reconozca que por gracia divina el misterio es Cristo en él* (cf. Col 1,26-27). Volvamos al texto del RICA. El *Ritual* considera que tras la participación en los sacramentos de iniciación, la participación en la vida comunitaria eclesial tiene como objetivo una “percepción más profunda del misterio pascual”, de modo que los creyentes puedan reconocer “la manifestación cada vez más perfecta del mismo en su vida” (RICA 37). En realidad, por la profesión de fe y la unción bautismal, los cristianos son ya miembros de Cristo y por tanto con él y en él son sacerdotes profetas y reyes (cf. RICA 224).

En este tercer eslabón, la tarea mistagógica de las comunidades pasa por ayudar a reconocer a sus miembros el don recibido, su transformación pascual y su comunión con Cristo en el discurrir de su vida. No cabe duda, de que el vivir del cristiano supone una tarea, un compromiso por el Evangelio; pero esto solo encuentra su justa medida tras una recepción del don recibido. La comunión con Jesucristo y la transformación en él ha de ponerse en el primer plano. En efecto, el creyente puede anunciar la Palabra, porque previamente

ha sido capacitado para oír y pronunciar la Palabra divina por la gracia de la fe. Puede ofrecer su vida como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios (cf. Rm 12,1), porque en la participación eucarística recibe la ofrenda de Cristo al Padre y ha sido capacitado para una vida eucarística. Y puede ser servidor del Reino por medio de la caridad, porque ungido con la unción del propio Cristo, participa de la fraternidad eclesial y ha descubierto en el servicio el modo de reinar con su Maestro y Señor.

5. Coda: “Jesús es miel en la boca, melodía en el oído, júbilo en el corazón”

Terminamos con una cita de san Bernardo –*Doctor mellifluus*– en la que no solo profesa su amor a Jesús, sino que pone en la profesión de su nombre el sentido y el valor de toda reflexión teológica y, por supuesto, de toda actividad pastoral.

“¿De dónde crees que llega la luz tan intensa y veloz de la fe a todo el mundo, sino de la predicación del nombre de Jesús? ¿No nos llamó Dios a su maravilloso resplandor por la luz de este nombre? [...] Mas el nombre de Jesús no es sólo luz, también es alimento [...] Todo alimento es desabrido si no se condimenta con este aceite; insípido, si no se sazona con esta sal. Lo que escribas me sabrá a nada, si no encuentro el nombre de Jesús. Si en tus controversias y disertaciones no resuena el nombre de Jesús, nada me dicen. Jesús es miel en la boca, melodía en el oído, júbilo en el corazón [...] Cuando pronuncio el nombre de Jesús evoco el recuerdo de un hombre sencillo y humilde, bueno, sobrio, casto, misericordioso, el primero por su rectitud y santidad. Evoco al mismo Dios todopoderoso, que me convierte con su ejemplo y me da fuerzas con su ayuda. Todo esto revive en mí, cuando escucho el nombre de Jesús. De su humanidad extraigo un testimonio de vida para mí; de su poder, fuerzas. Lo primero es un jugo medicinal; lo segundo es como un estímulo al exprimirlo. Y con ambos me preparo una receta que ningún médico puede superarla”³⁹.

Dicho en los términos del título de nuestro estudio. Si tanto el ejercicio de la tarea teológica como el de la actividad pastoral no se

³⁹ San Bernardo, *Obras completas de San Bernardo*, V: *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, BAC, Madrid 1987, § XV,6, p. 227-229.

conciben como un servicio a la comunión con el Misterio de Cristo difícilmente ambas harán, a su modo, una contribución a la finalidad evangelizadora de la Iglesia. Si todo trabajo teológico y pastoral no pone en el centro el designio salvífico que en dicho Misterio se realiza será imposible la renovación misionera a la que está convocada la Iglesia en esta nueva etapa evangelizadora.